

de Wistelbach. Este bastardo ilustre poseía, entre otros feudos, un castillo señorial cerca del Rhin, y el duque lo escogió por asilo, para tener allí á Barbaroja más seguro. Visitó al bastardo, y dándole un abrazo paternal, le confió la tutela del niño, diciéndole: "Es tu hermano y debes quererle fraternalmente." El duque se separó del bastardo, creyendo de este modo asegurado el secreto, pues el mismo Barbaroja nada sabía respecto á su origen. El niño llegó á cumplir veinte años sin salir del castillo; pero un día, al pié de una alta roca, entre las malezas y al borde de un arroyo torrencial que lamía el castillo, unos pastores que pasaron por allí al despuntar el alba se encontraron dos cuerpos, que manaban sangre y palpitaban aun, de dos hombres de diferente calidad, que tenían el pecho atravesado á puñaladas.

ESC. 2.º Quiénes eran?

ESC. 1.º Barbaroja y su leal escudero, que el duque Fritz puso de guardián á su hijo.

ESC. 2.º Pero quién los mató?

ESC. 1.º Dicen que el bastardo y Barbaroja querían á un mismo tiempo á la misma mujer, y que el primero se libró de este modo de su rival. Curáronse por fin el señor y el escudero, fueron á buscar asilo en el hogar paterno, y desde entonces consideró ya el duque Fritz como hijo á Barbaroja y le retuvo á su lado. Pasado algun tiempo, aquel manco llegó á ocupar el trono de Alemania, y en Aquisgran le nombró la Dieta emperador y César, y aunque entonces estaba en situación de satisfacer su rencor, no solo le ahogó en su pecho, probando su grandeza de alma, sino que, á ruegos de su mismo padre, juró no revelar al bastardo que existía, ni vengarse de él hasta cumplir los cien años, ó lo que es lo mismo, nunca.

ESC. 2.º Ahora recuerdo que he oído referir algo de esa historia, hasta con los nombres de sus héroes. Si no recuerdo mal, Barbaroja se llamaba en el castillo Donato y el bastardo Fosco.

ESC. 1.º Así se llamaban.

Entra un soldado con un látigo en la mano.

SOLDADO. Esclavos, al trabajo! Pronto van á venir á visitar esta parte del castillo con su dueño los convidados de Haffo; no quiero que os vean; despejad.

Los esclavos recogen las herramientas y salen á parejas silenciosamente seguidos por el soldado. Luego entran por la gran puerta REGINA, EDUVIGIS y OFBERTO.

ESCENA III.

OFBERTO, REGINA y EDUVIGIS, que aparece y desaparece durante la escena.

OFBERTO. Apoyaos en mí y andad poco á poco. Podeis sentaros en esta poltrona. (La hace sentar.) Cómo os sentís?

REGINA. Mal; tengo frio. Ese banquete fatal me ha hecho daño. (A EDUVIGIS.) Ved si viene alguien.

(EDUVIGIS se retira al fondo.)

OFB. No vendrán; estarán bebiendo hasta el amanecer. ¿Por qué habeis asistido al festin?

REGINA. Haffo...

OFB. Haffo!...

REGINA. Hablad más bajo. Puede obligarme... Soy su prometida.

OFB. Hubiérais debido quejaros al conde Job; Haffo le teme.

REGINA. Para qué?... ¡si voy á morir!...

OFB. No digais eso...

REGINA. Soñar, sufrir y desaparecer es el destino de la mujer.

OFB. (Señalando á la ventana.) Ved qué hermosa es la luz del día.

REGINA. Sí, el sol se inflama en su ocaso: estamos en el otoño y la tarde muere; caen las hojas de los árboles y el bosque queda sombrío.

OFB. Las hojas se renoverán.

REGINA. Eso sí; pero es triste ver huir á las golondrinas, que van á buscar el ardiente sol del Mediodía.

OFB. Ya volverán.

REGINA. Sí, pero yo ya no veré ni volver esos pájaros, ni renacer las hojas.

OFB. Regina!...

REGINA. Colocadme más cerca de la ventana. Arrojad esta bolsa á los pobres prisioneros.

Dá un bolsillo á OFBERTO y éste la obedece.

Los últimos rayos del sol poniente ciñen como una corona la frente del Tauno, el río brilla y el bosque se llena de resplandores. Es hermoso este espectáculo. La naturaleza entera es una onda de vida y de luz. A mí, que carezco de padre y de madre, nadie puede salvarme, nadie me puede curar; estoy sola en el mundo y conozco que voy á morir.

OFB. Sola en el mundo! ¿Y yo que os adoro?

REGINA. Eso es un delirio! La noche se me vá á aparecer y á sepultarme, y vos me olvidareis al poco tiempo.

OFB. ¡Por vos perderia la vida y la

eternidad! Y creéis que no os amo! Hace un año, desde el día en que os ví en esta guarida, entre tantos bandidos, os adoro. Mis ojos os han contemplado desde entonces en este sombrío castillo, lleno de crímenes, como un lirio al borde de un abismo, como un astro brillando en la oscuridad. Tuve el atrevimiento de amaros, condesa del Rhin, á pesar de ser la prometida de Haffo, el conde de corazon de bronce, y os confesé que solo era un pobre capitán, que empuñaba valiente espada, pero que era de origen incierto, quizás menos que siervo ó quizás tanto como un rey; pero sea mi origen el que sea, soy vuestro enteramente. Si me abandonais, moriré. A dos personas amo en este castillo: á vos en primer lugar, luego á ese anciano, al que abruma el peso de un pasado espantoso. Progenitor triste de una familia horrible, en vos cifra toda su alegría: vos sois su única estrella, su último culto y el alba que blanquea el umbral de su tumba. Yo os bendigo á los dos, porque á vuestro lado lo olvido todo, y mi alma, oprimida por ley fatal, á su lado adquiere grandeza y se siente pura al lado de vos. Os he descubierto mi corazon: lloro, estoy celoso, sufro. Hace poco Haffo os miraba cariñosamente; vos le correspondiais con las miradas; yo sentía hervir la sangre en mis venas y subir desde el corazon á la cabeza todo mi odio y toda mi cólera. Me contuve, porque debia hacerlo. Decís que no os amo, y por un beso vuestro daría toda mi sangre. Perdonadme; estais enferma y solo me ocupo de mí, cuando deberia de rodillas hablaros, no contrariar vuestra fiebre y vuestro delirio y besaros las manos sin contradeciros.

REGINA. Mi destino, como el vuestro, Ofberto, es aciago. Yo soy huérfana, como vos sois huérfano. Uniéndonos el cielo por nuestro comun dolor, hubiera podido constituir una felicidad de nuestros dos infortunios; pero...

OFB. (Cayendo de rodillas ante ella.) Yo os serviré de rodillas, y si morís, moriré, y mataré á Haffo si se atreve á disgustaros; yo reemplazaré á vuestro padre y á vuestra madre, á los dos; porque, como vuestro padre, tengo brazo, y como vuestra madre, tengo corazon.

REGINA. Veo con complacencia que vuestra alma posee la voluntad de un gigante y la ternura de la mujer: pues, Ofberto mio, con todo vuestro poder, nada podeis hacer por mí.

OFB. (Levantándose.) Sí.

REGINA. Nada; no teneis que dispu-

tarme á Haffo: mi prometido me obtendrá sin oposicion y sin lucha, y vos, que sois tan bravo, no le podreis vencer, porque mi prometido es el sepulcro. Antes de entrar en él haré dos partes de lo mejor que poseo en el mundo; la una para el Señor, la otra para vos. Posad la mano sobre mi frente, que quiero deciros en el umbral de la tumba que entrego mi alma á Dios y á vos mi corazon, porque os amo.

EDUVIGIS. (Entrando.) Vienen.

REGINA. Ven aquí.

Se apoya en la nodriza y en su amante y se dirige hácia la puerta de escape; al llegar allí se detiene, se vuelve y dice:

¡Es horrible morir á los diez y seis años, cuando hubiéramos podido vivir juntos y ser dichosos! Ofberto mio, ahora quiero vivir, porque la muerte me causa horror. Podrás salvarme?

OFB. Vivirás.

Salen REGINA y EDUVIGIS.

Te juro que vivirás, aunque tenga que luchar con el demonio.

Viendo á GUANUMARA, que está inmóvil en el fondo del teatro.

Precisamente aquí viene.

ESCENA IV.

OFBERTO y GUANUMARA.

OFB. Guanumara, acércate; te necesito.

GUAN. Sigue tu camino.

OFB. Escúchame.

GUAN. ¿Me quieres preguntar otra vez por tu patria y por tu familia? Pues no lo sé. ¿Quieres saber si verdaderamente te llamas Ofberto? ¿Por qué has pasado tu vida en el destierro? ¿Si fué en Córcega ó en Moldavia donde te encontré niño, desnudo y abandonado? ¿Por qué te hice venir á este castillo, prohibiéndote decir que me conocias? ¿Por qué, aunque Regina haya enamorado á mi señor, sigo arrastrando la cadena? ¿Por qué en todo tiempo y lugar, cumpliendo un voto, conservo esta argolla en el pié? No puedo responderte, no puedo satisfacer tu curiosidad. Denúnciame si quieres: sé que eres incapaz de hacer traicion á la nodriza que te crió á sus pechos y te sirvió de madre; pero si me denunciás... Tampoco temo á la muerte.

Quiere irse y OFBERTO la detiene.

OFB. No quiero hablarte de mí; tú que lo sabes todo, dime; Regina...

GUAN. Morirá antes de un mes.

OFB. Puedes salvarla?

GUAN. Qué me importa á mí eso! (Pensativa y hablando consigo misma.) Sí; cuando yo estaba en la India, en el fondo de sus bosques, estudiando las yerbas, los venenos y los filtros poderosos que tienen la virtud de resucitar al muerto y de que parezca muerto el vivo...

OFB. Contéstame: puedes salvarla?

GUAN. Sí.

OFB. Por compasion, por mí, por Dios, cúrala, sálvala.

GUAN. Si ahora mismo, cuando estas aquí hablando con Regina, hubiera entrado de repente Haffo, furioso como una tempestad; si la hubiera asesinado á tu vista y arrojado su cuerpo al torrente, que brama como un tigre; si se hubiera apoderado de tí y te hubiese llevado á la ciudad inmediata, imponiéndote la argolla del esclavo para venderte en el mercado; ó si te hubiera vendido para que te condenaran al remo los barcos del Tíber, y despues de arrastrarte de playa en playa, volvieras viejo de tan larga y ruda esclavitud, ¿qué te quedaria en el corazon?

OFB. La venganza.

GUAN. Pues bien, á mí me queda el odio sanguinario y la venganza. ¿Qué me pides? ¿Que tenga compasion, que tenga la virtud de salvar á los vivos? Esa idea me hace sonreír. Dices que tienes necesidad de mí; y si helando de espanto tu corazon yo te dijera que te necesito, si te confesara que te eduqué para que me sirvieras en mis proyectos y que retrocedo ante tu inocencia, ¿qué dirias? Retrocede tú, pues, ante mi soledad y ante mi desventura. Acabo de referirte mi historia, pero en ella solo mataron al amante; la mujer... era yo; fué vendida y sobrevivió; el asesino vive aun, y tú puedes realizar mi designio. He gemido ya bastante tiempo; me he vuelto repugnante y espantosa á fuerza de sufrir. He vivido durante sesenta años de lo que los demás mueren, de dolor, de hambre y de miseria; he visto el Nilo, el Indo, el Océano, la tempestad y las largas noches estrelladas de los polos; han marcado mis carnes duras argollas de hierro; veinte amos diferentes por enferma me han arrojado de sus casas á latigazos. Me han hecho perder todo sentimiento humano y ya no late mi corazon. Soy una estatua y habito en una tumba. Un dia del mes pasado llegué al caer la tarde á este castillo. Pues bien, mi odio, que nunca duerme, si yo quisiera me entregaria á mi enemigo; le tengo en mi poder, y bastará con que yo marque su

última hora con una sola palabra para que caiga, y bastará con que yo dé un solo paso para que muera. Pero tú eres el único que puede facilitarme la venganza. Sin embargo, al ir á realizarla me he dicho á mí misma: No, eso seria horrible. Debes comprender que seria cosa horrible cuando me hace vacilar; pero no me busques, pero no me tientes, porque si entramos en tratos, te exigiria una promesa horrible. ¿Eres capaz de ser asesino y de ser verdugo? ¡Ve que te estremeces! ¡Eres débil de corazon y débil de brazo! Vete y déjame en paz.

OFB. (Bajando la voz.) ¿Qué exigirias de mí?

GUAN. Nada... permanece siendo inocente... vete.

OFB. Por salvarla derramaria toda mi sangre.

GUAN. Vete.

OFB. Hasta cometeria un crimen.

GUAN. ¡Me tienta este demonio, me tienta!... Pues te tomo la palabra y vas á pertenecerme. Desde hoy en adelante, suceda lo que suceda, no me pidas que tenga compasion. Te dije y te lo repito, no tengo piedad ni remordimiento; solo los tendria si volviera á ver vivo al hombre de mi cariño. ¡A Donato, que tanto amé!... Ahora escucha: antes de que emprendas el camino que te voy á trazar, te participo que es preciso matar á alguno, matar sin piedad y sin perdon á quien yo quiera y como quiera.

OFB. Prosigue.

GUAN. Cada momento que pasa empuja á Regina hácia el sepulcro; morirá irremisiblemente si yo no la salvo. Toma este frasco: que beba cada noche una gota de lo que hay dentro y vivirá.

OFB. No me engañas? Vivirá?

GUAN. Te lo prometo: si la salva este licor y la ves radiante de salud y de alegría, harás lo que te mande?

OFB. Te lo prometo.

GUAN. Júramelo.

OFB. Te lo juro.

GUAN. Regina me responderá de tí, porque pagaria con la vida tu perjurio. Conozco de este castillo todos sus secretos, y á todas horas puedo penetrar en él.

OFB. ¿Me aseguras que ese licor la salvará?

GUAN. Sí; pero asegúrame tambien que me pertenece tu alma.

OFB. Dame ese licor y tómalala.

GUAN. (Entregándole un frasco.) Hasta mañana.

OFB. Hasta mañana. (Váse la vieja.) Cua-

lesquiera que sean tus proyectos, los acepto por salvar á Regina.

Se vá por la puerta de escape. En aquel momento se oyen por la parte opuesta risas y cantos que se acercan. La puerta se abre de par en par y entran, precedidos por HAFFO, varios príncipes y burgraves, vestidos con sedas y oro y con cotas de malla, todos con los vasos en la mano. Entre ellos circulan pajes con botellas y bandejas llenas de frutas. En el fondo permanecen inmóviles los artesanos. Músicos, trompetas y heraldos de armas.

ESCENA V.

HAFFO y varios príncipes, burgraves y caballeros.

UN CABALLERO. (Cantando.)

El viento es fuerte y el invierno es crudo, la nieve cubre las montañas ya.

¿Qué nos importa? Estamos bajo techo; á beber y á gozar.

Con séquito espantoso de demonios llamando á nuestra puerta está Satán. ¿Qué nos importa? No le haremos caso; á beber y á gozar.

CAB. 1.º Diabolo de cancion!

HAF. Me gusta mucho!

CAB. 1.º Es una cancion famosa.

CAB. 2.º Y la cantas muy bien, Gilisa.

HAF. Venid por aquí; solo nos falta recorrer esta ala del castillo, que es la antigua galería que antes sirvió de entrada.

CAB. 1.º Está ya muy vetusta.

HAF. (Acercándose á la ventana.) Desde aquí podeis ver, por entre la espesura del bosque, la puerta del recinto amurallado y el sendero escarpado por donde se llega á ella.

Los caballeros se acercan á la ventana y miran.

CAB. 2.º Qué es esa torre?

HAF. La torre del Homenaje, que habita mi abuelo.

CAB. 1.º La ocupa él solo?

HAF. No, con mi padre: se necesitan el uno al otro.

CAB. 2.º ¿Cómo conseguiste, Haffo, emanciparte de los dos?

HAF. Los dos son muy viejos y se mueren de tedio. Creo que tienen trastornado el juicio: el abuelo hace un mes que no habla.

CAB. 1.º Rara mudez!

UN CAPITAN. (Que entra, dirigiéndose á HAFFO.) Señor!

HAF. ¿Qué quieres?

CAPITAN. El judío que está preso se niega á dar su rescate.

HAF. Ya que es tan perro, que le cuelguen.

CAPITAN. Las mujeres de Linz piden cuartel para sus maridos.

HAF. Que no se les dé: entrad allí á saco.

CAPITAN. Y en Rhea?

HAF. Entrad tambien á saco; esa es la ley de los vencidos.

Váse el CAPITAN.

CAB. 1.º Tienes excelente vino.

HAF. Me lo regala la villa de Bingen para que yo le sea propicio.

CAB. 2.º ¿Es cierto que te casas con Regina?

HAF. Eso pretendo: es ahijada y hasta pariente de mi abuelo.

CAB. 1.º Es gallarda.

HAF. Y rica.

CAB. 2.º Pero siempre está triste y llorosa.

HAF. Eso son melindres de mujer.

Entra el CAPITAN.

CAPITAN. Mañana al amanecer pasarán unos mercaderes.

HAF. Buen negocio: ¡emboscaos y á ellos!

CAPITAN. Está bien. (Váse.)

HAF. Mi padre pelearia con ellos, pero yo no. Antes se luchaba, ahora nos dedicamos á los festines y al amor; antes todo lo decidia la fuerza, hoy lo decide la astucia; por eso los villanos nos maldicen á mis hermanos y á mí, porque dicen que los oprimimos. Pero me rio de ellos, y desde aquí desafío al mundo entero: lanzo por estos alrededores á mis bandidos, como el cazador lanza sus perros, y ya veis que paso una vida excelente. Te parece hermosa mi prometida y me alegro; pero dime, ¿qué es de la tuya, conde?

CAB. 1.º De quién hablas?

HAF. De aquella condesita, á la que robaste sus tierras, y en el colmo de tu amor...

CAB. 1.º ¿Quién se acuerda ya de eso!

HAF. No juraste enlazarte con ella?

CAB. 1.º Sí, me lo hicieron jurar, pero... abandoné á la jóven y conservé sus posesiones.

HAF. En ese asunto habrá intervenido la Dieta...

CAB. 1.º La Dieta, hasta ahora, no ha dicho esta boca es mia.

HAF. Pero tu juramento...

CAB. 1.º Bah!...

Se abre la torre del Homenaje y dá paso á dos personajes, á MAGNUS, que tendrá unos cincuenta y cinco años y el cabello y la barba gris, y á JOB, que es mucho más viejo, calvo, con barba larga y blanca; ambos van vestidos de malla, espada al cinto, y encima del traje de batalla lleva JOB un gaban grande y blanco, forrado de paño de oro, y MAGNUS una piel de lobo, cuya cabeza se ajusta sobre la suya. JOB apoya la mano derecha

en el hombro izquierdo de MAGNUS y éste los dos brazos juntos en la extremidad del mango de un hacha grande de Escocia. OFBERTO sale detrás de ellos, y les siguen dos escuderos viejos. Estos dos escuderos llevan en cojines de terciopelo de color de escarlata los cascos de sus amos, cuyas cimbras figuran cabezas de animales fantásticos. Los convidados no se han apercibido de la presencia de los nuevos personajes, que han oído las últimas palabras de la escena.

ESCENA VI.

Dichos, JOB, MAGNUS y OFBERTO.

MAGNUS. En otros tiempos, los juramentos que se pronunciaban en la vieja Alemania eran de acero, como nuestras armaduras; lo recuerdo con orgullo. Pero hoy la fé, el honor y las palabras empeñadas son ya variables como las modas; un juramento dura como un traje, se gasta pronto y se desecha.

Al oír las palabras de MAGNUS, todos se vuelven estupefactos.

HAF. Padre mio!... padre mio!...

MAG. Jóvenes, estais moviendo mucha algazara: dejadnos á los viejos soñar en un rincón; la luz de los festines deslumbra nuestros ojos. Los viejos antes chocábamos las espadas, y ya que la gente moza choca ahora los vasos, que sea lejos de nosotros.

HAF. Bien, padre mio...

Fijándose en que los retratos están vueltos del revés.

¿Quién ha tenido la audacia de poner los retratos cara á la pared?

MAG. Yo.

HAF. Vos!

MAG. Yo.

CAB. 1.º Se nos burla!

HAF. Pero, padre...

MAG. Los puse así para que no vieran la deshonra de sus hijos.

HAF. Por mucho menos Barbaroja mató al duque Luis su tío, y si me irritan...

MAG. Me parece que has hablado de Barbaroja y alabándole; que nadie delante de mí vuelva á pronunciar su nombre.

CAB. 1.º No comprendo por qué.

MAG. ¡Antecesoros nuestros, no nos miréis ni nos oigáis! ¿Eres tú el que lo preguntas, conde de Monts? Desciende por las orillas del Rhin, desde el lago hasta los siete montes, y cuenta, si puedes, los castillos destruidos á una y á otra parte. Preguntas lo que ha hecho Barbaroja? Cautivar á nuestras hermanas y á nuestras hijas, levantar patíbulos sobre nuestros peñascos con las piedras de nuestras torres; hemos sufrido sus asaltos, su pillaje

y su carnicería; hemos pasado treinta años bajo el poder del César, que triunfaba siempre, sufriendo el incendio, el destierro, los calabozos y los tormentos. Como esclavones, hemos pasado por aquella grande afrenta, por aquella gran victoria suya, y nuestros degenerados hijos ni siquiera la conocen. Cuando Federico Barbaroja, surgiendo bajo una brecha inflamada, arrojaba su guantelete á nuestro ejército, éste temblaba, cedia y huía de él espantado. Solo un día, mi padre, cortándole el paso en un sitio estrecho, le marcó el brazo derecho con un hierro candente. Todo eso pasó y se ha desvanecido: el rayo se apagó en nuestras miradas, los barones sucumbieron, los burgos cubren de ruinas las llanuras, de todo el bosque incendiado no queda más que un roble, ¡y ese roble sois vos, venerado padre! Dios maldiga al aborrecido Barbaroja, que deslustró nuestros blasones y que hizo correr al Rhin deshonrado entre ruinas. Pero yo, séres débiles, os vengaré; yo ilustraré mi escudo y esa será mi gloria: lo juro por mi espada, os vengaré, sin tregua y sin compasión, en él, si no ha muerto, y si murió, en su raza. ¡Dios quiera que no muera sin haber satisfecho mi venganza!

Se abisma en su pensamiento: poco á poco renace la alegría entre los convidados, vuelven á beber y á reír. Los dos ancianos se quedan como dos estatuas.

HAF. ¡La edad le ha trastornado el juicio!

CAB. 1.º Llegará un día en que mi padre estará como ellos y yo haré lo mismo que él.

HAF. Dejémosle que desbarre á su antojo.

CAB. 2.º Ya empezaba á importunarnos.

HAF. Hay que tener paciencia con él, porque nuestros soldados le son fieles en cuerpo y alma.

CAB. 1.º (Asomado á la ventana.) Allí viene un viejo con barba blanca.

CAB. 2.º Camina con gran lentitud.

CAB. 1.º Quizás venga á pedir albergue en el castillo.

CAB. 2.º Parece que sea un mendigo.

HAF. Quizás sea algún espía. (Gritando á los de fuera.) Echad de aquí á ese villano á palos ó á pedradas.

MAG. (Como despertando.) ¡En qué tiempos vivimos, que quieres apedrear á un anciano que pide hospitalidad! En mis tiempos cometíamos las locuras de los jóvenes, pero cuando un hombre decrepito y hambriento tendía la mano yertora en un banquete, le dábamos buenas

monedas y un vaso de vino. Despues, con júbilo, volvíamos á nuestra fiesta, porque habíamos socorrido y fortalecido al anciano.

JOB. (Enderezándose y tocando á MAGNUS en el hombro.) Calla, jóvenes! En mi época, cuando bebíamos en los festines, cantando con voces más fuertes que las vuestras, alrededor de un buey entero, servido en la mesa, si pasaba por nuestra puerta un anciano, pobre, andrajoso y mendicante, iba á buscarle una escolta. Cuando entraba en la casa, tocaban los clarines, se levantaban los barones, los mozos se inclinaban sin hablar, sin cantar, sin sonreír siquiera, aunque fueran príncipes del Sacro Imperio, y los ancianos tendían la mano al recién venido, diciéndole: "Señor, bien venido seais". Haffo, que entre ese anciano.

HAF. Pero...

JOB. Silencio!

A un gesto imperativo de JOB, HAFFO obedece y sale.

CAB. 2.º Le quereis hacer baron?

JOB. ¿Quién habla cuando he mandado callar? Quién se atreve?...

Todos callan.

OFB. (Bien por Job; que tasquen el freno, y si se atreven á rebelarse, que humille su altivez su maza férrea.)

HAF. (Entrando.) Señor, ya llega el huésped.

JOB. Que toquen los clarines como si fuera el mismo emperador. ¡Descubrid todos! Venid á mi lado mis descendientes!

Suenan los clarines. Los burgraves y los príncipes se colocan á la izquierda todos con la cabeza descubierta. El hijo y los nietos de JOB á su alrededor. Los partesanos en el fondo con la bandera levantada. Entra por la galería del foro un mendigo, que parece tan viejo como el conde JOB; la barba blanca le llega hasta la cintura. Viste larga túnica de paño tosco y manto de la misma tela, destrozado y con capuchón. Vá descubierta: de su cintura cuelga un rosario de cuentas gruesas y calza sandalias que dejan ver sus piés desnudos. Se detiene en lo alto de la escalera de seis gradas y permanece allí inmóvil apoyado en un cayado nudoso. Los partesanos le saludan agitando la bandera y tocan los clarines. GUANHUMARA aparece en el piso superior y asiste á la escena.

ESCENA VII.

Dichos y el emperador FEDERICO BARBAROJA, disfrazado de mendigo.

JOB. Quien quiera que seais, decidme si habeis oído referir que existe en el Tauno, entre Colonia y Spira, un castillo famoso entre todos los castillos, y un burgrave famoso entre todos los burgraves. ¿Habeis oído referir que ese hombre, sin piedad ni freno, cargado de atenta-

dos y de hazañas, excluido del Sacro Imperio por la Dieta de Francfort y de la Santa Iglesia por el Concilio de Pisa, está excomulgado y vive todavía en la montaña, persigue, provoca y bate al conde Palatino y al arzobispo de Tréveris, y hace sesenta años rechaza la escala del imperio que quieren poner en sus murallas? ¿Habeis oído decir que protege á todos los valientes, que hace al rico pobre y al amo esclavo, y que á pesar de los duques, reyes y emperadores, á pesar de la Alemania entera, enarbola en su torre, como fúnebre llamamiento á los encadenados pueblos, una bandera negra que agitan los vientos de las tempestades? ¿Os han referido que casi cuenta un siglo y que reta al mundo á lid sangrienta desde lo alto de su roca, sin que le hayan podido domar ni la guerra que arrasa las ciudades, ni el César omnipotente, ni Roma, ni los años?... ¿Sabeis todo eso?

EMPERADOR. Sí; lo sé.

JOB. Pues yo soy ese hombre y estais en su casa; yo soy Job el Maldito. Bien venido seais, señor! Aquí teneis á mi alrededor á los hijos de mi hijo, que valen menos que nosotros y que han burlado mis esperanzas. Conservé de mi padre la espada que heredé; por ella conquisté nombre siniestro, y mi madre me legó esta morada: pues bien, pongo á vuestra disposición nombre, espada y castillo. Ahora podeis hablar libremente todo lo que querais.

EMP. Príncipes, condes, señores, yo os saludo, y tambien os saludo á vosotros, esclavos. Me llevo hasta vosotros y os digo que si vivís tranquilos en el fondo de la conciencia, si al recordar vuestras acciones pasadas nada turba vuestros corazones y permanecéis siendo puros, vivid, reid y cantad; pero si no os sucede esto, pensad en Dios. Jóvenes, viejos de azarosa historia, unos coronados de flores y otros coronados de años, si vivís para hacer daño, sin compasión alguna, mirad hácia el porvenir y reflexionad. Breves, efímeras son las horas que el cielo nos concede; los años acaban con unos y la tumba prematura se abre para los otros: jóvenes, que os enorgulleceis de ser poderosos y fuertes, pensad en lo que llegan á ser los viejos; y vosotros, ancianos, pensad en la muerte y sed hospitalarios, que esta es la ley más grata de la humanidad. El que rechaza á un pasajero no sabe á quién rechaza, porque ignora quién es y de dónde viene; por lo que el pobre debe ser para vosotros

sagrado, aunque seais reyes. Algunas veces Dios, que de un solo soplo arranca los robles centenarios, llena de acontecimientos, de relámpagos y de truenos la mano que un mendigo esconde entre sus andrajos.

SEGUNDA PARTE

El mendigo

La sala de las panoplias. A la izquierda una puerta; en el fondo una galería almenada que permite ver el cielo; paredes de basalto desnudas; armaduras completas en los pilares. Al levantarse el telon, el MENDIGO está de pié en el proscenio apoyado en el báculo y poseído de dolorosos pensamientos.

ESCENA PRIMERA.

El EMPERADOR solo.

Ha llegado el momento de dar el golpe decisivo. Todo podria evitarse, pero es preciso arriesgarlo todo; veremos si Dios me ayuda. Alemania, pátria mia, mucho han degenerado tus hijos, y te encuentro muy maltratada despues de mi largo destierro. Han matado á Felipe, han expulsado á Ladislao, han envenenado á Enrique y han vendido á Ricardo, Corazon de Leon. Qué afrenta! Perdida la unidad, se deshacen los nudos de tus Estados. Veo en este pais, que en otro tiempo fué pátria de valientes, lo-reneses, flamencos, sajones, moravos, franceses, bávaros, pero no veo alemanes. El fraile canta, predica el sacerdote, el paje lleva la lanza de su señor, el baron saquea y el rey duerme. Son feroces ó cobardes, viles ó malvados. Todos aspiran á engrandecerse; en todas partes impera la fuerza, el horror y la violencia. Los vándalos se han apoderado de Berlin, los paganos de Dantzick y los mogoles de Breslau. Todo está muerto, pais, ciudades, aldeas y recursos. Sostentan al imperio, como inmensos pilares, Holanda, Luxemburgo, Tréveris, Gueldres y Juliers, y esos pilares cayeron. Qué fué de Polonia? ¿Qué fué de la Lombardía? Para defendernos de una invasion solo nos quedan las poblaciones de Ulm y de Auxburgo, cerradas con estacas: la obra de Carlo-Magno y de Othon el Piadoso no existe ya. En el Occidente se borra nuestra frontera, porque la alta Lorena pertenece á los con-

des de Alsacia y la baja pertenece á los condes de Lovaina. A un mismo tiempo amenaza Dinamarca, Inglaterra agita á güelfos y gibelinos, hace traicion la Lorena, ruge el Brabante, se enciende Turin, Felipe Augusto crece, Génova pide dinero, continúa el entredicho, el Padre Santo vacila, y no hay un solo caudillo que pueda hacer frente á tantas complicaciones. Los electores dispersos ahondan más y más la herida; coronan cada uno por su parte á quien mejor le paga, y como el que muere descuartizado por cuatro caballos, tiran del imperio cuatro emperadores desde Amberes á Ratisbona y desde Lubeck á Spira. ¡Pobre Alemania!...

Inclina la cabeza sobre el pecho y sale lentamente por el foro. OFBERTO, que ha entrado poco antes, le sigue con la vista y vé cómo desaparece entre las arcadas de la galería. REGINA, radiante de salud y de felicidad, aparece por el lado opuesto por donde se marchó el MENDIGO, y avanza apresuradamente hácia OFBERTO.

ESCENA II.

OFBERTO Y REGINA.

OFB. Regina! Sois vos? ¡Qué cambiada estais!

REGINA. Sí, Ofberto, soy yo, que puedo ya hablar, respirar y vivir; cesaron mis sufrimientos; soy dichosa y os amo.

OFB. Qué felicidad!

REGINA. Esta noche he dormido ya sin tener fiebre, pronunciando continuamente vuestro nombre, y cuando me despertó la luz del sol, me pareció que nacia á nueva vida. El licor que me hicisteis beber me ha salvado; me dísteis la salud y me arrancásteis de la tumba.

OFB. Yo sabré terminar mi obra. Vivís y soy feliz; vivís y me parece que siento en mí otra alma. No padeceis ya?

REGINA. No, no padezco.

OFB. Bendito seais, Dios mio!

REGINA. ¡Bendito sea tambien Ofberto! (Se abrazan y permanecen unos momentos silenciosos. De pronto se desprende REGINA de los brazos de su amante y dice:) Me olvidaba de que el conde Job me está esperando; adios, bien mio. Solo vine á decirte que te amo.

OFB. Volverás?

REGINA. En seguida.

OFB. ¡Gracias, Dios mio, porque Regina vive!

Váse REGINA y aparece en el foro GUANUMARA.

ESCENA III.

OFBERTO Y GUANUMARA.

GUAN. Estás contento?

OFB. Soy feliz.

GUAN. Ya ves qué pronto te cumplí la promesa.

OFB. Te cumpliré tambien mi juramento.

GUAN. Sin tener compasion?

OFB. Sí. (Despues me suicidaré.)

GUAN. Te esperarán á media noche.

OFB. Dónde?

GUAN. Delante de la torre de la bandera negra.

OFB. Ese es un sitio temible, por el que nadie pasa. Dicen que las rocas conservan allí siniestra huella.

GUAN. Sí, de un rastro de sangre que descende por el muro hasta la orilla del torrente.

OFB. (Con horror.) De sangre! Pues la sangre mancha y quema.

GUAN. La sangre tambien lava y apaga la sed.

OFB. Manda á tu esclavo. ¿A quién encontraré en ese sitio?

GUAN. A un hombre solo y enmascarado.

OFB. Y qué he de hacer?

GUAN. Seguirle.

OFB. Le seguiré.

GUANUMARA coge con rapidez el puñal que OFBERTO lleva en el cinto; fija en él una mirada terrible, y alzando los ojos hácia el cielo, exclama:

GUAN. ¡Vastas profundidades de los cielos, triste serenidad de las bóvedas azules, nocturna y majestuosa oscuridad, y tú, antigua argolla de mi cadena, servidme de testigos! ¡Muros, torres, encinas que dais sombra al cansado viajero, oidme: condeno á morir con el filo de este cuchillo vengador á Fosco, baron de los bosques, de las rocas y de las llanuras!

OFB. Quién es Fosco?

GUAN. El hombre que tú has de matar. (Le devuelve el puñal.) A media noche; no faltes.

Sale por la galería del foro, sin ver á JOB ni á REGINA, que entran por el lado opuesto.

ESCENA IV.

OFBERTO, REGINA Y JOB.

REGINA. Ved cómo ya puedo correr, señor.

Esto se lo dice á JOB; corre y se acerca á OFBERTO, que pensando en lo que le acaba de decir GUANUMARA, no los vé entrar.

Somos nosotros, Ofberto.

OFB. Señor... condesa...

JOB. Esta mañana tuve más tristeza que de costumbre. No podia olvidar lo que aquel mendigo me dijo cuando entró en el castillo; luego me afigia tu salud, hija mia, creyendo que ibas á morir; y por fin se me apareció la sombra de tu madre, ceñida de aureola inmortal. (A OFBERTO.) De repente ví entrar á Regina en mi aposento, ligera, lozana y alegre... ¡Parece un milagro que haya recobrado la salud! Al verla, reia y lloraba á un mismo tiempo, y ella me condujo hasta aquí para darle las gracias, Ofberto. Cómo has podido salvarla?

OFB. Por medio de un filtro, por medio de un bálsamo prodigioso que me dió una esclava vuestra.

JOB. Pues á esa esclava le concederé la libertad; le daré cien libras de oro y tierras y viñedos; perdonaré á todos los presos que gimen en los calabozos del castillo y daré la libertad á mil siervos, que Regina escogerá. Quiero que se conozca el júbilo que me causa el verla restablecida. Me complace ver que sois felices, aunque estoy maldito; soy viejo y vivo aislado en el castillo que habitaron mis mayores. Bastantes tristezas y melancolías me devoran. Tiendo la vista á lo lejos sobre Alemania, y no veo en ella más que envidiosos, tiranos y verdugos, que compiten en hacer locuras y en cometer crímenes; este desdichado pais se vé empujado hácia el abismo por cien brazos, y al fin caerá en él, si Dios no envia algun gigante que le tienda la mano. Miro con afliccion á mi raza, á mi casa y á mis hijos: solo encuentro odio, bajeza y procacidad. Haffo se revuelve contra su abuelo y contra su padre; Gollois contra su padre Haffo; es natural que al lobo imite el lobezno. Mi raza me dá miedo. Todo está oscuro para mí; solo veo demonios en mi pátria, monstruos en mi familia y espectros en mi alma. Por eso necesito veros cerca de mí, como dos rayos puros, como dos apariciones en el infierno, á vosotros dos, en cuya frente brilla tanta claridad, y que os convertís en mi presencia en dos ángeles elementales inclinados sobre Satanás.

OFB. Señor!...

REGINA. Por Dios!...

JOB. Quiero estrecharos entre mis brazos, Tus miradas son sinceras, Ofber-